

VIAJE DE
CALIFORNIA

José María Marco



PRE-TEXTOS
Narrativa

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Diseño cubierta: Manuel Ramírez
Ilustración cubierta: Pedro Serna
© JOSE M.ª MARCO, 1991
© de la presente edición:
PRE-TEXTOS, 1991
Luis Santángel, 10
46005 Valencia

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

ISBN: 84-87101-37-2

DEPÓSITO LEGAL: V. 701 - 1991

ARTES GRÁFICAS SOLER, S. A. - LA OLIVERETA, 28 - 46018 VALENCIA - 1991

6 de agosto

El avión aterriza en L. A. X., aeropuerto internacional de Los Ángeles, a las tres y media de la tarde. Hemos salido de Madrid a las once de la mañana. Larga cola para el control de aduanas. Rutina: ¿comida? ¿regalos? Paso un buen rato en el vestíbulo, esperando a S. Cansancio, irritación. Por fin alguien me abraza por detrás. S. se había echado la siesta y se ha quedado dormido. Hace más de cuatro años que no nos vemos pero apenas ha cambiado. Tiene, eso sí, el cuerpo más hecho, más opaco. Subimos al coche, un Chevrolet rojo. Primera impresión: envueltas en una atmósfera transparente, una fila de palmeras, muy altas, milagrosamente verticales, recortadas sobre el azul del cielo. S. me dice lo excepcional de este tiempo: el smog suele cubrir la ciudad, cerrar las perspectivas, borrar los colores. Atravesamos un descampado de lomas peladas, cubiertas de tuberías que parten de unas cruces chatas cuyo brazo horizontal se inclina con regularidad hacia el suelo. Es un campo de extracción de petróleo. Detrás aparecen los rascacielos de downtown. Geometría vertical, destellos metálicos, reflejos azulados. Unas montañas, al

fondo. Rebasamos por la izquierda el conjunto monumental. Fluidez del tráfico, en esta tarde cálida de verano. Velocidad suave, interior, como si, nada más llegar, le acogiera a uno una línea que se desplazara sin fin. Uno se instala en ese movimiento y se deja llevar. Seducción inmediata de L. A. ¿Cómo resistir a la tentación de intentar dominar ese movimiento que parece haberse colado en el cuerpo, que se ha acompasado al ritmo de la respiración, al correr de la sangre? Pasamos por largas avenidas rectas: edificios bajos, zonas residenciales, un cine (*Guys and Dolls*), gasolineras, cruces de autopistas cubiertos de hiedra. En el recuerdo, falso sin duda, no nos hemos detenido ni una vez.

La casa de S. tiene dos plantas. Un porche sirve de garaje. Subimos al apartamento por una escalera exterior. Profusión de ventanas: en el salón, con muebles antiguos de madera, en la cocina, en el baño. En el dormitorio hay dos, en una esquina. Apoyados en las paredes, grandes cuadros en blanco y negro parte de la obra de S. en estos años: uno, circular, representa a un hombre mayor, visto de cerca y desde atrás, que sostiene un sombrero con la mano izquierda; otro a un chico en calzoncillos blancos, de frente, con la cabeza cortada por el borde superior de la tela; en un tercero un hombre joven, pantalón y corbata oscuros, camisa blanca, tiene la cara, que parece sonriente, medio tapada por una rejilla de plástico beige. Diseminadas por la superficie de todos ellos hay pequeñas viñetas de colores vivos: aparatos, órganos del cuerpo, paisajes.

Ya de noche, seguimos Sunset Bvd. y nos internamos en Beverly Hills. Se adivinan las mansiones, los jardines ahora en penumbra. Llegamos a la cumbre de la barrera montañosa que veíamos al llegar desde el aeropuerto. Al norte, el valle de San Fernando, cubierto de una malla de luces blancas y amarillas hasta una mancha oscura: las colinas de San Gabriel.

Al sur, la red se extiende hasta donde alcanza la vista. Al principio la trama es confusa, luego se organiza en líneas rectas que se cruzan en perpendicular, a intervalos regulares. En el horizonte las estrellas rozan las últimas luces visibles, confundidas en un trazo centelleante.

7 de agosto

Me despierta, algo más tarde de las siete, un ruido que procede del jardín. Un oriental está segando el césped. De fondo se escucha el tráfico de las dos avenidas que se cruzan cerca. El rumor no se detiene nunca pero está sofocado por los árboles que nos rodean: acacias, un abeto, un álamo plateado. Más allá hay una colina, cubierta de chalés y pequeños jardines. Desde el ventanal del comedor se ven dos anuncios que giran sin parar en lo alto de unos postes: una bola naranja con un 76 en blanco, un rectángulo coronado por una estrella: ASTRO. S. quiere que revisen el coche y lo dejemos en un taller de Hollywood Bvd. Paseo por Hollywood. El teatro chino es un cubo de hormigón con el tejado verde, en pico. En el suelo están marcadas las huellas de actores célebres, unas dedicatorias triviales. El pavimento de la acera se engalana con nombres en letras doradas y estrellas rosas. Las tiendas venden posters, camisetas, postales, chapas. Repertorio de la cochambre. Ni rastro del esplendor antiguo. S. dice que el recorrido por los estudios es aún más decepcionante. Pronto uno se da cuenta de que siempre ha debido ser así, de que en eso consiste el cine. No hay realidad de la ilusión, ni siquiera una fachada, tan sólo instrumentos, fragmentos de la maquinaria encargada de producirla. Inconcebible, aquí, un punto de irradiación central originario. Principio del movimiento continuo.

En un restaurante, la camarera me recita las clases de pan, las salsas (THOUSAND ISLANDS), las guarniciones con las que puedo acompañar el plato que he pedido. Me quedo mudo. Parece sorprendida cuando S. las escoge por mí. Volvemos al taller. El coche no estará listo hasta mañana. Decidimos ir a casa andando por Sunset Blvd., Los Feliz, las colinas del Silver Lake. El paseo, en una tarde diáfana, inacabable, durará más de cuatro horas. Apenas nos cruzamos con algún que otro transeúnte. Claro está que L. A. sería inconcebible sin el automóvil, pero más que la velocidad, importa el fluir, constante. El andar no lo quiebra. Tan es así, que cuando llegamos ante una valla metálica que circunda una propiedad privada en la que hemos entrado sin haberlo advertido, la saltamos en vez de volver atrás y dar un rodeo. Lo mismo ocurre con los obstáculos naturales. El movimiento se ciñe a ellos, los envuelve, los incorpora. S. preveía una caminata aburrida porque, según dice, sólo el automóvil logra templar la monotonía de la ciudad. Pero rara vez un paisaje natural ofrece grandes cambios al paseante. Cuando nos internamos en una hondonada cerca de Hyperion Av., cae la noche sobre los jardines descuidados, un solar cubierto de antenas parabólicas, una fila de palmeras. Aquí el movimiento se remansa, pero no se detiene: zumbido de fondo, vehículos que cruzan de vez en cuando un puente próximo, variación perpetua de la luz que se apaga.

Antes de llegar a casa alquilamos un vídeo, *Mixed Blood*, una película de la que hemos venido hablando. Cuenta, con desgana aparente, sin rastro de compasión, las peripecias de un gang de dealers menores de edad, capitaneados por una mujer brasileña. Habla de la lealtad debida al grupo, de los ritos de iniciación, del sacrificio del deseo individual. A modo de leitmotiv, una canción triste: "Vamos a bailar, hasta el amanecer."

8 de agosto

Vamos andando hasta la oficina de S., una escuela de idiomas en Wilshire Bvd. Tras bordear Silver Lake, atravesamos un distrito en el que los edificios de apartamentos han sustituido a las casas unifamiliares. En medio de un parking, aislado, se eleva un inmueble blancuzco de aspecto fantasmal, con la fachada recorrida por adornos platerescos. Es un almacén donde la gente deposita sus pertenencias cuando se muda de casa o de ciudad. Más tarde, volvemos a recoger el coche. Paseo por Wilshire, con el sol de frente. Dejamos atrás el edificio Bullocks, con sus remates antiguos de cobre verde, una iglesia católica, el hotel donde asesinaron a Robert Kennedy. Lo han cerrado y seguramente piensan tirarlo, dice S. Desfila luego un templo masónico que tiene algo de faraónico, otro shintoísta, una sinagoga con reminiscencias bizantinas.

Hace demasiado calor para seguir a pie. Cogemos un autobús. Es cómodo y circula con fluidez. La gente habla, se ríe fácilmente. En el taller nos atiende la misma encargada de ayer, una chica baja, algo gruesa, melena de color castaño, largas uñas, curvadas hacia adentro en la punta. En el trayecto hasta la casa de M. nos quedamos sin gasolina. En pleno cruce de dos avenidas, tenemos que empujar el coche hasta una calle próxima. Un hombre se apresura a ayudarnos y nos acompaña luego en su automóvil hasta la gasolinera más cercana. Es salvadoreño; se entretiene contándonos que hace pocos días su mujer caminó más de una hora con un bidón de combustible a cuestas.

Llegamos a casa de M. con retraso. Vive en San Marino, en un chalet amplio, con porche y galería de madera en el primer piso. Yo creía que estaba en Roma, donde trabaja, pero ha venido a California a pasar una temporada con su hija. M. dio

seropositivo en la prueba del sida y ha hablado alguna vez de suicidarse. Ahora parece encontrarse mejor. Durante varios meses S. ha vivido con el temor de estar contagiado. No se resolvía a hacerse la prueba para esquivar la confirmación de lo que creía un hecho. Cuando se decidió a dar el paso, hace poco tiempo, supo que no había nada. Salimos hacia un bar en el que, dice S., actúan unos travestís hispanos. Los discos suelen estar deteriorados y los actores, en plena función, tienen que salir del escenario, mover la aguja y continuar luego con el play-back. En el camino me duermo: echo de menos el café de verdad. Es lunes y el local está casi vacío. El encargado tiene sida y se ha marchado de L. A.

9 de agosto

Vamos a San Fernando, donde S. debe entrevistarse con un empresario. Entretanto, doy un paseo por la zona, un suburbio industrial. En un *National Enquirer* olvidado en el coche leo que la princesa Diana de Gales no ha sabido lo que es el amor hasta que ha conocido a don Juan Carlos de España. Cuando vuelve S., cuenta su conversación: el empresario quiere que los trabajadores hispanos que más lo necesitan aprendan inglés.

Paseamos en coche por el sur de downtown. S. me enseña el lugar donde estaba su estudio. Han arrasado el edificio y el solar sirve ahora de parking. Un poco más lejos han empezado las obras de construcción del metro, paralizadas hace décadas por la industria automovilística. Las colas de gente se alargan ante las instituciones de caridad; unos negros están tumbados en la acera, las piernas cubiertas de mantas y periódicos. Hay

grupos parados en las esquinas, una aglomeración en la entrada de la estación de autobuses. Al cruzar un semáforo, un hombre joven, negro, levanta los brazos y la cabeza al cielo, se inclina hacia adelante, se vuelve hacia los coches que esperan. Dejamos el nuestro muy cerca, con la intención de visitar el Museo de Arte Contemporáneo. A su lado está una de las cárceles de L. A. El edificio, recién inaugurado, tiene forma de estrella, recorrida entre cada una de las alas por galerías acristaladas. Las paredes de las casas, desvencijadas, están cubiertas de carteles en blanco y negro: bajo el retrato de George Bush, una palabra: SEX. Entramos en Little Tokyo: bancos, placas conmemorativas de la amistad norteamericano-japonesa. En un restaurante, hojeo unos cómics a disposición de los clientes. Cuentan unas historias esquemáticas por medio de imágenes idílicas, o feroces, sanguinarias. En el museo exponen algunos artistas de los últimos años. Hay cosas muy bellas; los autorretratos de Cindy Sherman; los improperios multicolores de Jenny Holzer; los cuadros en blanco y negro de Robert Longo, cuerpos jóvenes bien vestidos, suspendidos en el aire, como si estuvieran a punto de reventar. El recinto está sembrado de monitores de televisión que transmiten, sin voz, un programa cualquiera. En el centro de la pantalla, una inscripción interrumpe la mirada: PEOPLE WITH AIDS.

Ya tarde, de noche, vamos a un bar de cueros. Nos instalamos en la parte trasera del local, un patio al aire libre. Al fondo una tienda minúscula vende prendas de cuero, instrumentos de tortura, máscaras de color carne, lívidas, atroces. S. cuenta una anécdota. Entró con un amigo en un local de productos para ADULTS -pornografía-. De pronto se entreabre una cortina que ocultaba a un hombre acostado en el suelo, con la cabeza cubierta con un capuchón, las manos, a la espalda, atadas a la pared con una correa. Es él quien ha movido la

tela. Cuando el encargado se da cuenta de que S. y su acompañante han visto al hombre, los despide aduciendo que ha llegado la hora de cerrar. En el local en el que ahora nos encontramos hay muchos vestidos con prendas de cuero: cazadoras, gorras de plato, pantalones con un agujero en el culo. Han debido de celebrar algo porque uno de ellos —cincuenta años, grueso, pelo y barba grises— se sube en unas mesas colocadas a modo de escenario y llama por turno a cuatro o cinco individuos que, tras decir unas palabras, responden a algunas preguntas: ¿de los aquí presentes quién te gusta más?, ¿cuál es tu palabra favorita? "Solidaridad", contesta uno, joven, el torso y el vientre desnudos, cubiertos de vello, y tan tímido que apenas acierta a pronunciar una frase. Tengo la impresión de estar presenciando un espectáculo folklórico, algo patético, como de costumbre en estos casos. Cuando se lo digo a S., no oculta su sorpresa. Atribuye mi reacción al estrago causado por el sida. Antes, dice, esto no tenía tintes tan sombríos. La SM venía a ser, antes del sida, una de las líneas radicales de la experimentación no ya en lo sexual sino en el intento de crear nuevos modelos de relaciones afectivas. Me resulta difícil aceptar esto. Pienso que lo nuevo consistía, antes y después del sida, en crear espacios donde el deseo no se aferre a signos que permiten acotarlo. La SM, en cambio, repite muy pronto el modelo de la compartimentación, de la tribu.

La conversación continúa de camino a casa. Deriva a otros asuntos, implícitos en el anterior: el sida, claro, y lo que el sida ha venido a alterar. S. relaciona el sida con la crisis de una ilusión y con el repliegue de toda una sociedad en posiciones cada vez más rígidas. Le digo mi descreimiento, un poco cansado, ante este asunto. Pienso que el sida ha arruinado muy pocas cosas que no estuvieran ya, previamente, bastante apolilladas. La gente tiende a imaginarse que su situación es

eterna o que debe serlo. Lo único que demuestra el sida, y me parece que no era necesaria demostración alguna, es que las cosas no son así. Aparte de eso, no representa nada. Es una enfermedad y como tal hay que pensarla y tratarla. Claro que se está utilizando el sida para suscitar el miedo, pero la réplica con ribetes terroristas no hace más que caer en el juego. No creo que ese sea un buen camino, como no lo es el dedicarse a hacer arte... político con el sufrimiento y la muerte de tanta gente. Comentamos la exposición de la tarde. Algunos artistas parecen conceder al sida una trascendencia que le niegan al arte. ¿A qué viene eso?

Antes de dormir, hojeo la guía de páginas amarillas de la comunidad gay de L. A. Es un volumen de unas doscientas páginas, compendio de cualquier otro de esta índole. En la portada, un lema: KEEP IT IN THE FAMILY. Lo matiza uno nuevo, en el interior: BUY GAY!

10 de agosto

Con el día nublado, gris, salimos hacia Las Vegas. De camino hacia San Bernardino, apenas se ven las montañas que flanquean el valle en su lado norte. S. comenta que los huertos que lo cubren han crecido gracias a la irrigación intensiva, por lo que la tierra contiene cada vez más sal y el desierto recupera poco a poco este paraíso que le fue arrebatado hace algunos años. El tiempo va aclarando. Estamos en un largo secarral punteado por alguna ciudad nueva. Aquí, y luego en el desierto de Mojave, encontramos indicaciones que señalan la salida a un bulevar, una avenida o una calle: ZZYXZ ROAD. S. ya me ha explicado la teoría, con la que él conviene, según la

cual en California no hay diferencia de fondo entre el desierto y la ciudad. Varía la densidad de la población, nada más. La autopista se aproxima a Calico, una GHOST TOWN minera situada en la falda de unas montañas. Cuando los yacimientos de plata se agotaron el pueblo quedó abandonado. Hay centenares como éste, pero Calico ha cobrado carácter de atracción turística. La sierra parda, veteada de verde y rojo, parece haber sido torturada por los movimientos sísmicos y el trabajo en las minas: zanjas, terraplenes, taludes enteros vaciados. En este escenario han reproducido la apariencia que el pueblo debía tener antes de la desbandada. No falta nada, ni la taberna, ni el hotel, ni los abrevaderos. Incluso hay un trencito que recorre el paraje. En la calle principal, asfaltada de rosa, unas placas doradas recuerdan los nombres de los habitantes, la historia mínima del lugar. El calor es asfixiante. Comemos en Jenny Rose, una cafetería en el cruce de la desviación con la autopista. Aire acondicionado, ni una mota de polvo. Un hombre, hispano, pasa una bayeta encerada por el suelo. Nos atiende una señora gruesa, morena. Antes de servirle una cerveza, le pide a S., sonrojado ante el halago, el carnet de conducir. Más tarde el hombre de la bayeta la llamará Lupe. Hablan español. Nosotros seguimos dirigiéndonos a ella en inglés. S. dice que interpretarían mal que uno les hablase en ¿su lengua?

Mojave. Paramos en una zona de descanso. Un cartel advierte de la presencia de serpientes de cascabel. No son peligrosas, afirma, si no se las molesta. Más tarde unas colinas suaves interrumpen la planicie desértica. Las cubre un matorral bajo, que forma láminas de amarillo y verde ceniza, recorridas por sombras violetas que se desvanecen en cuanto uno intenta fijar su contorno. De pronto el aire se llena de aroma a tomillo. Tras una curva se abre un valle inmenso. El cielo aparece

cubierto de nubes bajas, oscuras. Un relámpago se estrella en las montañas índigo del fondo. Entre ellas y la autopista se extiende un lago de sal por el que corren nubes de arena dorada. A nuestra izquierda, las colinas que acabamos de rebasar están cubiertas en su base por un fino cendal de niebla. Nada más entrar en Nevada, sale al paso un presidio blanco, como recién construido. Delante han levantado varios casinos en fila, un palacio árabe, un saloon, un castillo medieval, pintados todos de colores puros. Primera indicación de que estamos llegando: los aviones que se elevan y descienden sin parar en un cielo de ópalo.

Atasco en el strip de Las Vegas. Los músicos están en huelga y los automovilistas, en señal de solidaridad, tocan el klaxon cada vez que pasan cerca de un grupo de manifestantes. Entramos en el Aladdin. Las puertas del hotel dan paso a las salas de juego: filas de máquinas tragaperras, moqueta púrpura con dibujos negros, techos bajos, aire acondicionado. Se escucha de continuo el tintinear de las monedas y las fichas metálicas. Las luces crean espacios abstractos en un ámbito cavernoso, ilimitado. De inmediato, se pierde el contacto con el exterior. Ya en la habitación, contemplamos el letrero del Dunes: las luces trepan en la noche hasta estallar en una cúpula oriental. Para llegar al Caesar's Palace subimos a un templete circular por una escalinata que arranca de la acera. En el centro, rodeada de columnas de mármol, se eleva una estatua de Apolo. Le han colocado una polla y unos huevos de tamaño considerable y contornos realistas. Entusiasmo de S. Entramos luego en una estancia oscura ilustrada con unas escenas de la antigua Roma: unas plantas artificiales encuadran una perspectiva; un pórtico, a lo lejos, alberga a unas figuras diminutas que se iluminan y repiten cada cierto tiempo unos pasos de baile. Salimos a una rampa mecánica que nos lleva, por una pasarela